



MARTO PARIENTE LAS HORAS CRUELES

MARTO PARIENTE
LAS HORAS CRUELES



© Marto Pariente, 2023

Publicado por acuerdo con Editabundo, S. L., Agencia Literaria
www.editabundo.com

© Editorial Planeta, S.A., 2023

Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 4775-2023

ISBN: 978-84-670-6941-9

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impresión: Rodesa, S. A:

Impreso en España - *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

—Hola, cariño. Tienes derecho a guardar silencio.

El asesor se llamaba Frank y era en realidad un detective sin licencia al que habían echado de la Policía por sentimental. Y en esos momentos le relataba a su mujer cómo le había ido la semana.

No puedo quejarme, dijo. No debo, ¿verdad? Aunque tendrás que reconocerme que no es fácil ganarse la vida con asuntos como el de la señora Montiel. No, no lo es. Y eso que apenas tardé un par de días, tres días, en darle carpetazo al asunto.

Cambió las flores mustias por las nuevas y tiró los restos marchitos en un cubo de basura que había un poco más allá. Se sentó al borde de la piedra, le dio lumbre a un cigarrillo y continuó:

Veamos, dijo. Se presentó en la asesoría a eso de principios de semana. ¿La señora Montiel? Recatada, moño alto, jersey de cuello vuelto, leotardos oscuros bajo una falda que le llegaba por los tobillos y unos zapatos de tacón cuadrado de esos que tú tanto detesta-

bas. Da igual. Se sentó como si se confesase, así, con las rodillas muy juntas, se sacó una gargantilla del bolsillo y comenzó a pasar las perlas con los dedos como si de las cuentas de un rosario se tratase. Total que, cuando se decidió a hablar, con la cabeza gacha y en voz baja, me contó que creía que su Mariano la estaba engañando. Sospecho de él, dijo. Tenía los ojos vidriosos.

Le eché paciencia; veamos, cuénteme y tal.

Silencio.

Pasaron un par de minutos, tal vez tres. Bueno, ya me conoces, dejé que se tomase su tiempo. Sé por experiencia que algunas personas son reacias a contar asuntos privados a alguien a quien no conocen de nada. Y si además ese alguien... ¿Cómo me describiste tú una vez?

Frank hizo memoria. Levantó la vista al cielo. Las nubes, zarcillos endebles que corrían desde el sur, no impedían que el sol, aun sin calentar, resaltase el verde de las copas de los cipreses e hiciese fulgurar el latón de las inscripciones y las superficies pulidas de mármol.

Ah, ya recuerdo. Me dijiste en una ocasión que, si quería ganarme la confianza de la gente, no debía gastar el talante disperso y melancólico de los ex-boxeadores. Me sonrió porque si me vieses ahora te llevarías las manos a la cabeza. Ahora sí que parece un boxeador retirado, cariño.

Frank se llevó las manos al rostro. Tenía el puente de la nariz hundido y el tabique algo desviado.

La ceja derecha partida. Cerró los ojos. Ardían. Como de costumbre, como siempre que hablaba con su mujer, tenía un nudo en la garganta. Apuró el cigarrillo y aplastó los restos con la punta de su bota.

Supongo que ya da igual, dijo. Supongo que sigo teniendo ese aspecto. Ya es tarde para cambiar. Sigo con mi actitud, lenta e indolente. Y... no sé, imagino que eso tampoco ayuda, que lo hace todo un poco más complicado, ¿no?

¿Por dónde iba? Ah, sí. Te estaba contando lo de la señora Montiel. Bueno, la cuestión es que, cuando se soltó a hablar, me dijo que sospechaba de su marido porque últimamente se arreglaba mucho y cuando regresaba a casa olía raro, como a jabón de glicerina. Te puedes imaginar mi cara, claro. Luego añadió que, además, su marido silbaba en la ducha. Me preguntó qué opinaba al respecto. ¿Qué opinar ante algo así, cariño? No sé, señora, le dije, quizá no sea nada. Entonces ella me dijo que me equivocaba, que conocía a su marido. Que esa felicidad era sospechosa.

Le prometí que si averiguaba algo me pondría en contacto con ella. Y me puse manos a la obra. Su marido resultó una persona difícil de seguir. Se dedicaba a recaudar el dinero de las tragaperras y, a menos que me lo montase de otra manera, iba a tener que ir tras el tal Mariano por todos los salones de juego y bares de la ciudad.

Así que hablé con Méndez. Sigue igual de gordo y con la misma mala hostia de siempre. Por cierto, te envía recuerdos.

Frank encendió otro cigarrillo. La llama se retorció entre sus manos. Expulsó la primera bocanada, observó cómo se disipaba y fijó la vista en la estriada nube que se perdía más allá de la tapia.

¿Qué te decía? Sí, eso, que hablé con Méndez. Me echó un cable. Me prestó una baliza de seguimiento de la policía. Se la coloqué en el paso de rueda y, cuando la señal se alejó de la ciudad, decidí seguirlo.

¿Y sabes qué? Que la señora Montiel estaba en lo cierto. Su marido la engañaba. En fin, no sé por qué te cuento todo esto.

Supongo que porque te echo de menos.

Dejó pasar unos minutos en silencio.

Esperaba una señal, como si ella de alguna manera fuera a contestarle. Quería pensar que a veces ocurría. El trino de un pájaro, un avión que surcaba el cielo hacia el oeste o, sencillamente, comenzaba a llover.

Por lo visto su mujer se acogió a su derecho a guardar silencio.

Tras una última calada al cigarrillo, lo descabezó contra el suelo y lanzó el resto de una toba por encima de la tapia.

Vale, no pasa nada, cielo. Imagino que no es más que una chorrada de historia, dijo.

Se levantó con el culo entumecido por la frialdad del mármol, se palmeó un par de motas inexistentes de las perneras de los vaqueros y se despidió de su mujer. Dejó atrás la lápida y, con las manos en los bolsillos, se dirigió a paso lento hacía la salida del cementerio.

Al día siguiente, Frank llegó temprano a la oficina. No tenía buzón, así que cuando giró el pomo se encontró con que el cartero había pasado una carta por debajo de la puerta. Era la tercera en lo que iba de mes. Dio las luces. Paredes desnudas a excepción de un par de cuadros, imágenes de la ciudad de Guadalajara. Al fondo, una estantería semivacia con los libros de Derecho Penal y un manoseado volumen de la Ley de Enjuiciamiento Criminal. El resto de la asesoría lo formaban un perchero de pie donde colgó el gabán y una mesa de despacho dispuesta en mitad de la estancia, como si con ello pudiese suplir la carencia de muebles y el incómodo vacío que esto suponía. Se dejó caer con pesadez en la silla, rasgó el borde del sobre y sacó la carta. Cuando Frank se cansó de releer el encabezamiento —orden de embargo por impago—, abrió el cajón de su mesa y dejó caer la carta encima de una pila considerable de facturas por pagar. De otro de los cajones sacó un bote de antiácidos y tragó una pastilla en seco.

Y en la soledad de la pequeña oficina maldijo a Méndez. También maldijo su propia estupidez por haberle hecho caso.

¿De eso cuánto hacía? Tres o cuatro años, no más. Nunca tuvo muy claras las fechas, cuándo había ocurrido tal o cual cosa. Desde lo de Gabriela, este problema se había acentuado. Tenía claro que su mujer había muerto hacía cinco años; todo lo ocurrido antes y después de esa fecha no era capaz de ubicarlo en su debido tiempo con exactitud. Por eso no sabía en qué momento Méndez lo convenció para que montase una asesoría.

Fue después de que lo echasen de la Policía, eso seguro.

Acodados en la barra de un bar. Sin mirarse. Tragos de a poco. Una forma de beber entre viejos amigos que les permitía mantener una conversación más o menos racional, una charla con espacios vacíos entre trago y trago que, además, les dejaba tiempo para pensar en sus cosas.

—Conozco a un tipo al que le funcionó —dijo Méndez—. No recuerdo su nombre, pero créeme, no le iba nada mal. En teoría solo asesoraba, pero la verdad es que investigaba los casos que entraban. ¿Quién puede controlar algo así?

¿Quién puede controlar nada?, pensó Frank.

Según el dictamen del juez, diez años de inhabilitación para cargo público sin posibilidad de dedicarse a nada que tuviese que ver con la seguridad o

la investigación de asuntos de terceras personas. También tenía anulada su licencia de armas y el acceso a la titulación de detective privado.

Y así se lo recordó a Méndez.

Algunos hombres sonreían a la camarera. A unos labios rojos cuyo carmín iba incluido en la nómina. Unos chicos, que celebraban alguna historia, aporreaban con el culo de las jarras un viejo piano sin cuerdas. Otros como Frank, menos dispersos por el alcohol y con poco que festejar, miraban con franqueza la nada más absoluta al otro lado de la barra.

—En definitiva —dijo Méndez—, que según el juez puedes dedicarte a lo que te salga de los cojones excepto a lo único que sabes hacer.

—No lo sé, quizá me venga bien cambiar de aires.

—Joder, tú solo piénsalo, ¿quieres? Conozco a un tipo al que le funcionó. No recuerdo su nombre... Él mismo investigaba los casos... Sí, él mismo los investigaba...

Y es que Méndez se repetía cuando bebía más de la cuenta.

Fue el jefe de Frank en la policía. Amigos desde hacía muchos años. De mucho antes de la muerte de Gabriela. No sabría concretar desde cuándo exactamente.

Frank no necesitó revisar su libro de cuentas para saber que la cosa no pintaba bien. Estaba a un paso

de perder la oficina. Después —y esto era lo que más le preocupaba— perdería su piso. Lo utilizó en su día como aval para conseguir el crédito. Al final hizo caso a Méndez y continuó dedicándose a la investigación, actividad que, todavía y a día de hoy, tenía prohibida por orden judicial. Este era uno de los motivos por los que se veía obligado a aceptar solo casos de personas que viniesen bien referenciadas, y solo de estafas, robos de coches, herencias, acoso laboral, líos de faldas: asuntos de esa índole. Era consciente de que aquello, entre otras razones, reducía considerablemente sus posibilidades de mantener una economía más o menos saneada.

Esas otras razones eran una serie de normas que Frank se impuso a sí mismo cuando abrió el negocio. Por principios, por orgullo, por salud mental. Nada de desaparecidos, nada de menores.

Nada que tuviese que ver con su trabajo anterior, con su vida previa, en definitiva.

Al fin y al cabo y a pesar de todo lo que ocurrió, Méndez seguía convencido de que lo habían echado de la Policía por sentimental. Frank sabía que esto solo era una forma de verlo. Una que suavizaba lo que había hecho. Lo que estuvo dispuesto a hacer para resolver un caso.

Según constaba en los informes: negligencia grave. Y esto también era otra manera de suavizar las cosas. Un informe redactado por el propio Méndez

con el único objetivo de que tan solo perdiese su empleo y no terminase en prisión.

La verdad sin matices, al menos para Frank, era que lo echaron de la Policía por perder la cabeza. Por amordazar a un hombre, llevárselo de su celda en mitad de la noche y meterlo en su maletero. Por echarle una soga al cuello. Por hacerle confesar dónde había enterrado a la chica Constanza.

Era un caso en punto muerto. Tenían al asesino confeso, el novio de la chica. Pero se negaba a decir dónde había enterrado el cuerpo. Frank llevó el caso. El primero cuando se incorporó tras la muerte de Gabriela. Y todavía se engañaba a sí mismo diciendo que no soportaba ver llorar a la madre de la chica. En realidad, no soportaba su propia tristeza. El padre, un tal Abraham Constanza, empresario bien posicionado, dejó todos sus negocios y cambió las salas de juntas y los despachos por rebuscar entre la basura; Frank recordaba las manos de aquel hombre durante el juicio. Destrozadas de tanto buscar el cuerpo de su hija en todos los vertederos de la ciudad.

Por eso Frank seguía investigando, porque, tal y como dijo Méndez, era lo único que sabía hacer. Pero se mantenía a sí mismo bajo una estrecha vigilancia: sabía que después de la muerte de su mujer y tras lo acontecido la noche que perdió su empleo, no estaba del todo cuerdo.

Así que no se acercaba a determinadas cuestiones.

Reglas sencillas. No quería: volver a obsesionarse con un caso, no poder dormir por las noches y desayunar cada mañana con el clinclín de los hielos en una barra de bar. Y por supuesto no quería tener que matar a alguien.

Otra vez.

Por esta serie de normas sencillas, cuando esa mañana de octubre, un buen rato después de guardar en el cajón la tercera carta del banco, se presentó en su despacho Abraham Constanza; debería haberle dado con la puerta en las narices.

En lugar de eso, le invitó a pasar y a tomar asiento. Y lo hizo porque cuando Frank le ofreció la mano, el hombre la ignoró, dejó el maletín en el suelo y lo rodeó con sus brazos. Frank, sin saber muy bien cómo responder a la espontánea muestra de afecto, le palmeó la espalda con la torpeza de una madre primeriza que intenta sacarle el aire a su bebé sin hacerle daño. Cuando recuperaron la compostura, Constanza agarró de nuevo su maletín y le dijo que iba de parte de Méndez.

Lo siguiente que dijo fue que se había presentado allí para hacerle una oferta por el negocio. Quería comprar la asesoría de Frank.

Mucho más tarde maldijo a Méndez por segunda vez aquel día, porque, a pesar de las deudas, no tenía planeado vender la asesoría ni deshacerse de su negocio, pero por otro lado pensó en su piso. Su casa, el hogar que había compartido tantos años con

Gabriela. Sintió vértigo, como si mirase directamente a un abismo. Cuando esa sensación pasó, lo que experimentó fue curiosidad por lo que Constanza quería ofrecerle.

Intentó convencerse. Joder, Frank, se dijo, se trata solo de un padre agradecido. Uno con mucha pasta. Alguien que sabe que andas con el agua al cuello y quiere ayudarte. No pierdes nada. Tú solo escúchalo. Si no te cuadra, ya habrá tiempo de mandarlo al pasado. Un pasado en la vida de Frank del que nunca debió haber salido.

Lo que ocurrió es que aquel hombre traía las soluciones a todos sus problemas dentro de su maletín.

Frank cerró la puerta y tomó asiento frente a Abraham Constanza. Se trataba de un hombre enjuto, consumido, distante. La actitud de quien tiene todo el tiempo del mundo o ninguno, según se mire. Peinado a raya, con largas arrugas de preocupación permanente surcando su frente y con el bigote a dos colores a causa del humo del tabaco. A ojos de Frank había envejecido rápidamente y su cuerpo se había consumido hasta quedarse en la mitad.

La mitad mala.

Dejó el maletín a sus pies, apoyó las manos en el regazo y volvió a darle las gracias. Frank no había dejado de recibir una postal por Navidad desde que encontró el cuerpo de su hija. Nunca contestó a ninguna. Cuando Constanza vio que Frank no respon-

día, repitió que iba de parte de Méndez. Después barrió con la mirada la oficina, de izquierda a derecha, sin prisa, cabeceó un par de veces afirmativamente, como si le complaciese aquello que había ido a comprar.

—¿Cuánto diría que vale su negocio, señor François Durán?

Su pronunciación en francés era excelente. Sin salivazos, sin gargajos, natural. Le arrancó a Frank una sonrisa.

—Mejor llámeme Frank.

—¿Qué tiene de malo François?

—No tiene nada de malo.

—Mejor, pues François entonces.

Frank se encogió de hombros. No iba a perder el tiempo explicándole a Constanza que aquella misma conversación la habían tenido hace años, cuando se hizo cargo del caso de su hija. Por aquel entonces Abraham Constanza era un hombre robusto, fuerte y con una determinación asombrosa. Claro que, por aquel entonces, pensaba que su hija se había fugado con el novio y no podía prever todo lo que ocurrió después.

—Y entonces —continuó Constanza—, aclarado este punto, señor François, ¿cuánto diría que vale su negocio?

—No tengo pensado venderlo.

—Méndez no opina lo mismo. Dice que está usted a punto de perderlo.

—No tenía a Méndez por un bocazas.

—La verdad es que Méndez es muchas cosas. El hombre más mal hablado que conozco, eso seguro, pero desde luego no es un bocazas, señor François. Y usted mejor que nadie debería saberlo.

Frank miró detenidamente a Abraham Constanza. Esbozaba una media sonrisa cargada de tristeza.

¿Qué sabía ese hombre? ¿Cuánta confianza tenía con Méndez?

Silencio.

—¿Qué quiere, señor Constanza?

—Oh, ya se lo he dicho. Comprar su negocio, por supuesto.

—Y yo ya le he contestado que no está en venta. Mucho o poco, esto es lo que hay. Estamos en Guadalajara, poco trabajo, lo sé. No es la mejor ciudad del mundo para ganarse la vida como investigador, como asesor, da igual. La cuestión es que no tengo otra fuente de ingresos. Así que, con todo respeto, creo que ya podemos dar por terminada esta reunión. Dele usted recuerdos a Méndez de mi parte.

Frank hizo ademán de levantarse. Constanza no. Otra de aquellas medias sonrisas. Levantó ambas manos del regazo, como pidiéndole algo más de tiempo y un poco de paciencia.

—Creo, señor François, que no me he explicado con claridad —dijo Constanza—. Usted no perdería su trabajo. La oferta que tengo pensado hacerle, además de cubrir todos los impagados, incluye con-

tratar sus servicios. De manera puntual, claro. Podrá seguir dedicándose a sus cosas la mayor parte del tiempo. Esos ingresos serían íntegramente suyos. Además de esto, tendría un fijo al mes. Y yo solo le requeriría, digamos, para determinados asuntos. En definitiva, la asesoría pasaría a formar parte de una empresa mucho más grande.

Frank asintió como si tuviese claro lo que aquel hombre le estaba ofreciendo. Abraham Constanza guardó silencio. No dijo nada más. Pasó un minuto largo. Frank se levantó y se acercó a la ventana. Guadalajara a sus pies bajo una luz plomiza. El ambiente enrarecido del despacho se renovó con una contaminación algo más saludable. Pensaba. Era una oferta que terminaba con todos sus problemas económicos. No solo salvaría su negocio, también su casa. El gran inconveniente, la pega, porque en estos tipos de negocios siempre había una pega, era el peaje: Frank sabía que, si tomaba aquel camino, aquella carretera, no habría marcha atrás. Tendría que pagar un precio demasiado elevado. Eso siempre es así. Cerró la ventana y volvió a ocupar su lugar en la mesa del despacho.

—¿Y se puede saber a qué se dedica su empresa exactamente?

—Investigación, por supuesto.

—No tengo licencia.

—Eso ya lo sabía, señor François, su trabajo solo sería como asesor.

—Como asesor, claro.

—Un asesor de campo —aclaró Constanza.

Frank apoyó los codos sobre la mesa y entrelazó los dedos. Meneó la cabeza dando a entender que tenía sus dudas al respecto.

—Necesitaré un tiempo para pensarlo —dijo.

—Por supuesto. Puede usted tomarse su tiempo.

—¿Sí? ¿Y de cuánto tiempo se supone que hablamos?

—Exactamente, señor François, tiene usted hasta mañana por la mañana.

—¿Tanta prisa hay? —preguntó Frank.

—La prisa, señor François, la tienen otros. Siempre son otros.

Esto lo dijo Abraham Constanza con la mirada perdida en la pared desnuda del fondo. Consultó su reloj.

—Creo que ya lo he entretenido demasiado.

Agarró su maletín del asa, lo apoyó sobre sus rodillas y, tras un clic, quedó abierto de forma que Frank no podía ver su interior. Constanza trajinó dentro con parsimonia. Extrajo un par de documentos, cerró el maletín y, tras levantarse, dejó sobre la mesa un contrato por duplicado.

—Ha sido un placer verle de nuevo, señor François. A mi esposa le habría gustado saludarle.

—Dele usted recuerdos —dijo Frank levantándose a su vez para despedirlo.

—Oh, se los daría si pudiera, pero murió poco después de enterrar a nuestra hija. Cáncer, dijeron los médicos. Yo creo que murió de pena.

—Lo siento, no lo sabía.

—¿Cómo iba usted a saberlo?

Frank, como en tantas otras ocasiones, no supo bien qué decir.

—Mañana le veo a las nueve para que comience con su primer trabajo. Por favor, firme todas las hojas, no solo la última. Los de administración son un verdadero peñazo con estas cosas.

—No he dicho que sí.

Abraham Constanza esbozó su media sonrisa triste.

—Pero lo hará.

—Hábleme al menos de ese primer trabajo.

—Mañana a las nueve tendrá usted toda la información.

Se sacó una tarjeta del bolsillo, se inclinó hacia delante y la dejó sobre una de las copias del contrato por el reverso. Solo se apreciaba una dirección en Alcalá de Henares y un número de teléfono.

Cuando se marchó, Frank se dejó caer en la silla, cogió la tarjeta y le dio la vuelta.

Podía leerse:

CONSTANZA DESAPARECIDOS

Aquí está mi peaje, pensó.

Frank cerró pronto la oficina y llegó a casa pasada la hora de comer; a eso de las cinco de la tarde miraba

las vías sin esperar la llegada de ningún tren en concreto.

Antes de la lluvia. Hacia el oeste, después de mediodía, se fueron formando oscuros nubarrones en el horizonte de la ciudad que aún tardarían unas horas en llegar. Al final se iba a largar ese sol mortecino que no pintaba nada en un funesto mes de octubre. Quizá fuese la señal que había estado esperando en el cementerio, una que venía con un día de retraso.

O quizá no y solo significaba que iba a llover sin más.

Frank se arrebujó en un viejo chal que perteneció a Gabriela y que, dada su corpulencia, le quedaba raquítrico. Sentado en una silla plegable de loneta, desde la terracita del salón miraba las vías del tren. La fachada trasera de la estación de Guadalajara y su puente elevado quedaban en la acera de enfrente. La pared estaba repleta de pintadas y el trasiego de coches y personas era constante. La estación y su calle solo se tomaban un respiro entre el último tren de la noche y el primero de la madrugada.

Tiempo después de la muerte de su mujer, Frank había adoptado la costumbre de pasar largas horas mirando la calle con las vías del tren al fondo. Aquel ajetreo y ruido constantes, que tanto le molestaron en su día, se convirtieron en una forma de sentirse acompañado en su propia casa. Escuchaba todas las conversaciones y ninguna. Un murmullo de fondo repleto de charlas intrascendentes, llamadas de telé-

fono y música a todo trapo de los coches con las ventanillas bajadas. Pero sobre todo miraba las vías del tren.

Nunca se lo confesó a Méndez, pero durante un tiempo albergó ideas perturbadoras. Ideas que iban y venían como moscas cojoneras alrededor de su cabeza. Todas aquellas ideas estaban relacionadas con saltar a las vías al paso de un tren en concreto.

El último de la jornada.

Al abrigo de la noche.

La ruptura se produjo una tarde en la que compró un billete sin la intención de ir a ninguna parte. Se sentó en el andén a ver los trenes pasar. Se preguntó si sería capaz de saltar llegado el momento. También se preguntó cómo sería dejar de existir. No obtuvo respuesta para ninguna de sus preguntas. Y en esas estaba, cavilando sobre su propia muerte, cuando un vigilante de seguridad se le acercó y le preguntó si se encontraba bien.

Regresaba cada poco. Una y otra vez. No le quitó el ojo de encima en ningún momento.

Cuando Frank se largó de la estación, el último tren todavía no había aparecido: según los cartelones llegaba con un cuarto de hora de retraso. Frank, antes de salir, le dio las gracias al vigilante. Era un tipo con cara de mala leche y los dejos de quien no se anda con tonterías; aun así, el hombre relajó el rostro y, como si supiese de qué iba el asunto, le dijo que no pasaba nada y luego soltó una frase que to-

davía recordaba: «Algunos trenes en la vida es mejor que lleguen con retraso».

Después de aquello algo quebró en su interior.

Podría decirse que Frank, de alguna manera, dejó pasar aquel tren.

A menudo pensaba en ello y lo hacía en breves ratos como aquel, arrullado por el ruido de fondo de la calle, envuelto en el viejo chal de su esposa y sentado en una silla plegable de loneta.

Y llegó la hora de cenar.

Sentado a la mesa de la cocina y sin perro. Así pasó Frank gran parte de la tarde.

Después de Butch, no quiso más responsabilidades, bastante tenía con su lista de normas sencillas, su ardor de estómago y seguir alimentando su pena con comida enlatada.

El animal sobrevivió a Gabriela uno o dos años. Dos, creía recordar Frank, pero como en tantas otras cosas, no estaba seguro. Lloriqueaba a todas horas cuando su mujer dejó de aparecer por casa.

El perro sabía. Por las noches, sollozos lastimeros y aullidos a los pies de la cama del lado de Gabriela. Frank tuvo que trasladar su raído cojín desde la puerta de la nevera hasta su habitación.

El caso es que una noche el animal se echó a dormir y ya no despertó. Estaba convencido que el bueno de Butch terminó muriendo de pena. Lo echaba de menos. Dicen que los perros se parecen a sus amos, pero Frank sabía por experiencia que aquello no era

verdad. Porque además de que Frank nunca llegaría a lamerse sus propias pelotas, el animal había muerto de pena y él todavía seguía allí.

En definitiva, que no tuvo con quien debatir las ideas que iban y venían en su cabeza. Tampoco asomó nadie por el marco de la puerta para decirle que por qué no lo dejaba, que era muy tarde y que se fuese a la cama. Así que Frank pasó gran parte de la noche releendo el contrato. Hablaba solo. Expuso pros y contras. Y, antes de caer agotado, se dijo que no quería abandonar aquella casa.

Las paredes reverberaron al paso del último tren.
Uno que esta vez no llegaba con retraso.